

Lunes 16 de Noviembre de 2009

Lunes 33ª semana de tiempo ordinario 2009

1Macabeos 1,10-15.41-43.54-57.62-64

En aquellos días, brotó un vástago perverso: Antíoco Epifanes, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era seléucida. Por entonces hubo unos israelitas apóstatas que convencieron a muchos: "¡Vamos a hacer un pacto con las naciones vecinas, pues, desde que nos hemos aislado, nos han venido muchas desgracias!" Gustó la propuesta, y algunos del pueblo se decidieron a ir al rey. El rey los autorizó a adoptar las costumbres paganas, y entonces, acomodándose a los usos paganos, construyeron un gimnasio en Jerusalén; disimularon la circuncisión, apostataron de la alianza santa, emparentaron con los paganos y se vendieron para hacer el mal.

El rey Antíoco decretó la unidad nacional para todos sus súbditos de su imperio, obligando a cada uno a abandonar su legislación particular. Todas las naciones acataron la orden del rey, e incluso muchos israelitas adoptaron la religión oficial: ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado. El día quince del mes de Casleu del año ciento cuarenta y cinco, el rey mandó poner sobre el altar un ara sacrílega, y fueron poniendo aras por todas las poblaciones judías del contorno: quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas; los libros de la Ley que encontraban, los rasgaban y los echaban al fuego, al que le encontraban en casa un libro de la alianza y al que vivía de acuerdo con la Ley, lo ajusticiaban, según el decreto real.

Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros; prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la alianza santa. Y murieron. Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Salmo responsorial: 118

R/Dame vida, Señor, para que observe tus decretos.

Sentí indignación ante los malvados, / que abandonan tu voluntad. R.

Los lazos de los malvados me envuelven, / pero no olvido tu voluntad. R.

Líbrame de la opresión de los hombres, / y guardaré tus decretos. R.

Ya se acercan mis inicuos perseguidores, / están lejos de tu voluntad. R.

La justicia está lejos de los malvados, / que no buscan tus leyes. R.

Viendo a los renegados, sentía asco, / porque no guardan tus mandatos. R.

Lucas 18,35-43

En aquel tiempo, cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino, pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le explicaron: "Pasa Jesús Nazareno." Entonces gritó: "¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!" Los que iban delante le regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!" Jesús se paró y mandó que se lo trajeran. Cuando estuvo cerca, le preguntó: "¿Qué quieres que haga por ti?" Él dijo: "Señor, que vea otra vez." Jesús le contestó: "Recobra la vista, tu fe te ha curado." En seguida recobró la vista y lo siguió glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alababa a Dios.

COMENTARIOS

El evangelio nos narra la curación del ciego de Jericó. Jesús sube con sus discípulos a Jerusalén, y en su camino tiene que pasar por esa ciudad. El ciego se encontraba

pidiendo limosna, pero al escuchar la algarabía de la gente pregunta cuál es la razón de tal jolgorio. Le contestan que Jesús pasa por allí. El ciego sabe reconocer quién es Jesús de Nazaret y le grita pidiendo compasión. Jesús lo sana por la gran fe que ha demostrado. La sanación de este ciego es otra demostración de cómo Jesús introduce en la comunidad a diferentes personas que habían sido relegadas por causa de sus enfermedades. Es una práctica reiterada del Maestro, que invita una y otra vez a incluir en lugar de excluir; a acoger en vez de despedir. Nosotros excluimos hoy de nuestras comunidades eclesiales a muchos hermanos por diferentes motivos. El evangelio nos invita a ser capaces de crear nuevos espacios donde todos, a pesar de las diferencias, tengamos cabida. Por otra parte, queda en claro que la fe en Jesús posee una fuerza liberadora que es capaz de desatar todo yugo que oprime y deshumaniza al ser humano. Como Jesús estamos llamados a trabajar con todas nuestras fuerzas para devolverles la dignidad a quienes la han perdido y han sido marginados por sistemas excluyentes.

Padre Juan Alarcón Cámara S.J